

Álvaro Bermejo

Martes, 29 de noviembre 2022, 00:02

1Comentario

Remo hacia adelante pero escribo hacia atrás. He terminado el libro y ahora estoy en el principio». Una vez más palabras de Oteiza, siempre clarividentes. Me inspiraron cuando emprendí la escritura del libro sobre el centenario de nuestro más glorioso club de remo –Ur-Kirolak–. Lo hice como le hubiera gustado a él, llevándole la contraria. En vez remar hacia adelante, remé hacia atrás, hacia el origen, mirando hacia adelante. Tuve dos anekos imbatibles, Iñigo Arístegui y Javier Uresberueta. De su mano fui descubriendo una historia excepcional marcada por tres constantes: singularidad, tenacidad y perseverancia. El Siglo de Oro de Urki sólo supone una ciaboga más en una singladura abierta a todos los horizontes.

En aquel San Sebastián de 1922, el de los 'balandristas' de los que se jactaba Baroja, una tripulación surgida de sociedades populares se propone competir en yolas, al estilo Cambridge. La primera, la Euzkotarrak, más que a un delfín se asemeja a un cachalote. El Náutico les cede una dañada por los temporales, la Antziak. La reparan en un garaje y, tal como se traduce su nombre, 'Allá van'. Se hacen con su primer campeonato de España derrotando a los clubes más selectos del país.

En adelante sumarán ciento veinte oros en todas las modalidades, setecientas medallas más en otras tantas pruebas. ¿Qué vencedor de un día, en nuestra ciudad o en cualquier otra, puede ostentar un patrimonio semejante?

Patrimonio es la palabra clave, pero no sólo en lo deportivo. Hace medio siglo cada victoria de Urki era celebrada como una fiesta nacional en toda Donostia. Ciertamente, sus remeros nos traían más oros que todos

los recabados por la Guipuzcoana de Caracas. ¿Quién lo recuerda? Vivimos el presente, no miramos atrás. Tampoco valoramos nuestro patrimonio.

En Gran Bretaña, patrimonio –Heritage– es una palabra que se escribe con mayúsculas y en términos reverenciales. Entre nosotros sucede un fenómeno curioso: veneramos la pompa británica mientras aborrecemos cualquier atisbo de la que podríamos ostentar.

Nada más provinciano que hacer de la amnesia un atributo de la posmodernidad. Nada más perentorio que prestigiar nuestro pasado para ganarnos el respeto del futuro. Porque Ur-Kirolak no es un club de remo más. Levanta lo mejor de nuestra historia, de nuestro carácter, de nuestra manera de estar en el mundo.

Cien remos en alto en su honor –Haika Urki!– pero que no sean los suyos: los necesitan –igual que nosotros a ellos– para seguir remando.

<https://www.diariovasco.com/opinion/urki-siglo-20221129000235-ntvo.html>